

Mujeres de la posguerra

Inmaculada de la Fuente



Contenido

Presentación	12
--------------------	----

Primera Parte: Los desolados 40

Capítulo I	
Una sociedad en penumbra	32

Capítulo II	
Los sueños devastados: el espejo de Carmen Laforet	58

Segunda Parte: El lento despertar de los 50

Capítulo I	
Emerger de la posguerra	132

Capítulo II	
Ana María Matute, el largo sueño de la infancia	142

Capítulo III	
Carmen Martín Gaité, de lo vivido a lo soñado	178

Capítulo IV	
Josefina Aldecoa, la recuperación de la memoria	236

Capítulo V	
Dolores Medio, la mujer escindida	266

Capítulo VI	
Mercedes Formica y Mercedes Salisachs, las aliadas del Régimen	294

Tercera Parte: Las creadoras del exilio

Capítulo I	
Mañana en España	320
Capítulo II	
Rosa Chacel, la indomable sibila	324
Capítulo III	
María Zambrano, la voz de Antígona	370
Capítulo IV	
Mercé Rodoreda, la vida como secreto	416
Capítulo V	
María Teresa León, la fuerza del cometa	458
Capítulo VI	
Maruja Mallo y Concha Méndez, modernas sin sombrero	498
Índice onomástico y bibliografía	526

Presentación: voces de mujer, retratos de una época

Laforet, Martín Gaité y Matute, mujeres de la posguerra

Cinco años después de que acabara de forma oficial la Guerra Civil, una joven desconocida, Carmen Laforet, deslumbró a su generación con *Nada*. La novela se convirtió enseguida en un revulsivo literario y social. Ninguna palabra podría haber nombrado mejor el paisaje físico y moral de aquellos días de posguerra en los que las heridas de la contienda permanecían aún abiertas y ganadores y vencidos buscaban algo parecido al olvido, los primeros para absolverse de sus excesos y los segundos para sobrevivir a su derrota. *Nada*, aquel título expresivo y rotundo, simbolizaba la miseria y oscuridad de los años del estraperlo y el hambre, la vaciedad del quiero y no puedo de las clases medias y el obsceno lujo de los arribistas. La novela, que ganó el primer premio Nadal, se difundió por la España que aún leía o se sentía vagamente liberal, pero también entre las capas burguesas que se sintieron interpeladas e incluso escandalizadas por algunas de sus páginas.

Una aureola de misterio envolvió a Carmen Laforet, nacida en Barcelona en 1921. ¿Quién era aquella joven que parecía esconder en su primera novela a una narradora inconformista, observadora y escéptica? ¿Había algo autobiográfico en aquella historia familiar de ambiente decadente y frío en la que algunos de sus personajes se movían entre la ocultación y las medias verdades y Andrea, la protagonista, se veía empujada a la huida y la perplejidad? No sólo era insólito que una mujer triunfara en literatura —o en cualquier otro ámbito— en unos años en los que las pocas que habían creído en su talento en la década anterior formaban parte de la España peregrina o habían vuelto al hogar a remendar calcetines aunque mantuvieran sus femeninos empleos de maestras y enfermeras o ayudaran a sus maridos en los negocios familiares. Llamaba la

atención que fuera tan joven –23 años tenía Laforet cuando se presentó al Nadal–, que sólo se supiera de ella que había nacido en una familia ligada a la burguesía catalana, que había vivido desde niña en Gran Canaria, adonde su padre, arquitecto, se había trasladado por motivos de trabajo, y que, al finalizar la Guerra Civil, había vuelto a Barcelona. ¿Qué había encontrado allí aquella joven que estudió unos cursos de Filosofía en Barcelona y luego, en el 42, marchó a Madrid a probar suerte en Derecho? Calles por las que vagar con el estómago vacío mientras la cabeza volaba ensimismada, ambientes de juventud en los que sólo los más rebeldes o huraños intentaban salirse de los márgenes. El vacío y desolación que se respira en *Nada*. La novela narra el agotamiento de las clases medias, su falta de perspectivas tras la guerra y la confusión que les produce la falsa identidad que deben asumir en un mundo regido por el deber ser y la apariencia.

Laforet ha afirmado que no hay nada biográfico en la novela, a no ser las descripciones de esa fantasmal Barcelona que amó y por la que sin duda paseó para poner en orden sus ideas de escritora. “Fue la primera gran ciudad que pisaban mis zapatos vagabundos”, reconoció en un artículo publicado en 1983. Andanzas solitarias que no se vieron empañadas por el hecho de que “Barcelona presentara entonces las cicatrices de la guerra y que el hambre fuera una realidad como la del aire suave, mediterráneo, de sus calles”. Por eso sigue causando asombro el acierto con que expresó aquel desasosiego existencial y la economía de trazos con que retrató la posguerra: la cartilla de racionamiento, el pan negro, la mezquindad ambiental, la falta de ambición para cambiar. Sin denunciar nada ni defender ideología alguna, como no fuera un soterrado nihilismo, algunos especialistas han visto en esta obra “el más fiel reflejo de una sociedad en descomposición, con la atroz persistencia de la posguerra”. Con razón el cineasta Juan Antonio Bardem definió a su generación como “la generación de *Nada*”.

Todo esto abrumó a Carmen Laforet, y el certero fulgor de *Nada* la dejó marcada para siempre. Demasiado joven para haber conocido

de forma directa a la generación del 27 y establecer un eslabón con las intelectuales y artistas a las que la guerra partió la vida en dos y les condujo al exilio: Rosa Chacel, María Zambrano, María Teresa León, Mercè Rodoreda, Concha Méndez o Maruja Mallo, nada hace pensar que Laforet tuviera un especial empeño crítico. Como otros españoles de su edad, asiste como espectadora al desenlace de la guerra desde Las Palmas y luego, ya en Barcelona y en Madrid, percibe la brutal diferencia entre el mundo que se intuye desde los ambientes universitarios que frecuenta y el triste hollín que impregna la vida diaria. De esta diferencia nace su rebelión interior y su fuerza como escritora, reconocida enseguida por José Martínez Ruiz, *Azorín* y Juan Ramón Jiménez. Pronto queda incluida en la generación del 36, integrada por Miguel Delibes, Camilo José Cela o Francisco Ayala, éste último exiliado al otro lado del Atlántico. Autores que fueron creciendo a lo largo del siglo, mientras que Carmen Laforet mengua como escritora, publicando de forma errática, hasta extinguirse como autora. Tal vez alimentara cierta dispersión el que se casara en 1946 con el editor Manuel Cerezales, con quien ha tenido cinco hijos, y deseara dedicar tiempo a su vida familiar. En todo caso, Laforet y su ambiciosa *Nada* son ya inseparables de la posguerra española.

Laforet no fue la única voz de mujer de la posguerra. Junto a ella, ya en los cincuenta, irrumpieron Carmen Martín Gaité, nacida en Salamanca en diciembre de 1925, y Ana María Matute, que vino al mundo el 26 de julio de 1926 en Barcelona. Con Rafael Sánchez Ferlosio e Ignacio Aldecoa, y poco después Juan Benet y los hermanos Goytisolo, Matute y Martín Gaité forman la generación intermedia que alcanza la juventud en la posguerra y publica en los cincuenta. Entre Martín Gaité y Matute sólo hay medio año de diferencia, y es fácil ver entre ambas paralelismos biográficos. En el mismo grupo de Martín Gaité se encontraba Josefina Rodríguez, que a la muerte de su marido, Ignacio Aldecoa, adoptó el apellido de él como nombre literario. Josefina fue quien acuñó la marca de *los niños de la guerra* para referirse a los escritores que nutrieron su infancia de guerra y hambre, al igual que su memoria.